

Hegemonía y proceso

Carlos Colina

Al comienzo del régimen chavista, era frecuente encontrar a alguien en los pasillos de la Universidad Central de Venezuela que te preguntaba lo siguiente: —¿Tú sabes que es el proceso? —¿Tú estás de acuerdo con "eso"?

La ineficiencia gubernamental comenzaba a evidenciarse en todos los ámbitos y, por lo menos, la respuesta era doblemente negativa. Sin embargo, no sabíamos que ambas negaciones eran insuficientes ante la demolición institucional que se avecinaba.

De manera infortunada, a la larga, los efectos del sistema político actual han vulnerado derechos humanos fundamentales y hemos terminado por entender, acerbamente, en los hechos, el significado de la categoría proceso. Otro tanto ha ocurrido con el término hegemonía, que ha sido operacionalizado como supremacía comunicacional, es decir, el grado de control oficial del número de emisoras de radiodifusión masiva y de tipo comunitario en el país.¹ No obstante, esta categoría trasciende ese importante fenómeno para incorporar otras dimensiones de la sociedad. Además, las nociones de hegemonía y proceso no suelen relacionarse, cuando están plenamente articuladas en la estrategia política oficialista y en la ideología marxista.

Hegemonía deriva del griego *eghesthai*, que significa "conducir", "ser guía" o "ser jefe". No hay lugar a rodeos porque estamos ante un término militar. En el antiguo griego, *eghemonia* era la dirección suprema del ejército. *Egemonia* era el comandante del

ejército. En el imaginario militar esta categoría connota lo que otros términos denotan: batalla, enemigo y misión. Se reemplaza el diálogo civil por una confrontación bélica que tiene como mira la aniquilación del adversario político.

Antonio Gramsci, uno de los teóricos con mayor poder de seducción sobre la izquierda marxista internacional del siglo XX, es quien ha insistido más en el concepto de hegemonía. Empero, si sus planteamientos pretenden superar los esquemas más mecanicistas de esa ideología, la categoría aludida constituye el punto de máxima aproximación al dogma leninista. Y es que para el historiador marxista Augusto C.

les y dentro de una lucha de clases que instaure, de facto, el odio clasista. La dirección del Estado Socialista debería actuar "sin la burguesía ('oligarquía') y contra ella".

No obstante, a diferencia de Lenin, para quien el Estado era un instrumento meramente coercitivo, Gramsci comprendió que para la producción y reproducción de las relaciones sociales eran fundamentales las ideologías y le agregó entonces su papel de dirigente y educador.

La filosofía de la praxis señala que la política es la verdadera filosofía porque realiza la unidad entre teoría y práctica, encarnada en la política revolucionaria. Es una concepción que verifica

algunos insisten en reinventarlo.

Ahora bien, la hegemonía se traduce en la preeminencia del proletariado, que implica su famosa y siniestra dictadura, que a decir verdad, no es otra cosa que el dominio férreo de los Consejos Comunales (*soviets*) y del partido (PSUV). Según Luciano Gruppi "la contribución de Lenin a la filosofía no es sólo la de haber elaborado la teoría de la dictadura del proletariado, sino el haberla realizado en los hechos". Para Lenin es fundamental la constitución de una dirección política o vanguardia que asegure el cumplimiento de estas metas.

El logro de la hegemonía

existe aquí una conexión indisoluble entre hegemonía y dictadura del "proletariado". La dictadura es la forma política que señala que se ha conquistado y realizado la hegemonía. Esta última se define como la capacidad de dirigir y de conquistar alianzas en el seno de la sociedad civil, mientras que la dictadura es la forma estatal que reviste dicha hegemonía. Para Lenin, el ejercicio de la dictadura presupone la hegemonía de la misma clase obrera. En su obra clásica *La cuestión obrera*, Gramsci plantea directamente estos asuntos. Tanto para el teórico y político marxista italiano, como para Lenin, la unidad de teoría y acción es consustancial a la posibilidad de la hegemonía. No obstante, existen matices que distancian las nociones de ambos autores, que no trataremos aquí.

El hilo conductor de los *Cuadernos de la cárcel* (1929-1935) de Gramsci es precisamente el concepto de hegemonía, aplicado a la situación italiana. El asunto es cómo debe desarrollarse el proceso que conduce a la hegemonía. El filósofo marxista turinés Luciano Gruppi nos ayuda a comprender dos conceptos que aparentemente estaban desarticulados: "La conquista de la hegemonía se entiende como proceso". La superación de la contradicción entre teoría y práctica y el logro de su unidad deviene históricamente. Ahora bien, esa unión se adquiere después de un proceso de lucha entre diferentes hegemonías, que ora se forman, ora se disuelven.

Al igual que Lenin, el pensador sardo plantea la importancia del partido en toda esta dinámica histórica. En la intervención activa y consciente en la historia del mundo, el partido desempeña un papel fundamental.

"La hegemonía es esto: capacidad de unificar a través de la ideología y de mantener unido un bloque social que, sin embargo, no es homogé-

"La hegemonía se propone la conformación de un bloque histórico, es decir, la unidad de fuerzas sociales y políticas diferentes, mediante una determinada concepción del mundo que se ha trazado y difundido previamente"

Buonicore, Gramsci fue, por encima de todo, un leninista. Muchas de sus supuestas aportaciones exclusivas no son más que la aplicación original de tesis leninistas. En diversos textos, Gramsci reconoció la paternidad del concepto de hegemonía: "El principio teórico-político de la hegemonía (...) es la mayor contribución teórica de V. Ilich a la filosofía de la praxis". Gramsci tan sólo se propuso desarrollar lo que consideraba el "punto esencial" de la teoría marxista, la "contribución más importante" del líder comunista ruso. Sin haber sido explicitado, el concepto de hegemonía estuvo presente en toda la obra de Vladimir Ilich Uliánov.

Dentro de la concepción leninista es central el papel de la violencia revolucionaria en los procesos transiciona-

la validez de sus propios asertos en la propia praxis revolucionaria. Paradójicamente, en la práctica, el socialismo real ha invalidado y ha mostrado las incoherencias entre teoría y práctica, al menos, por ejemplo, en el principio de la equidad, que trasciende el propio marxismo.

En esta línea de ideas, se rescata la archiconocida tesis de Marx sobre Feuerbach: "Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo". El papel protagónico estará en las manos de un sujeto mítico, "histórico", a veces, minoritario o prácticamente inexistente en ciertas formaciones sociales: el proletariado. Este "señor" fue despedido por André Gorz en el año 1980 en su ensayo "Adiós al proletariado", pero

implica la transformación y la construcción total de una "nueva sociedad", en todos sus órdenes: económico, político, teórico, educativo y cultural. La revolución gramsciana es una reforma cultural, intelectual y moral, que pretende intervenir en los modos de pensar y conocer. No es aleatorio que el régimen actual intente monopolizar todos los espacios culturales, académicos y educativos bajo la égida de un pensamiento único. Para Gramsci el objetivo es "la posesión real y completa de una concepción del mundo coherente y unitaria".

Según Gramsci, la noción de hegemonía en Lenin tiene un carácter central y esencial. Cuando el primero habla de hegemonía piensa en la dictadura leninista del "proletariado". En suma,

neo, sino marcado por profundas contradicciones de clase. Una clase es hegemónica, dirigente y dominante, mientras con su acción política, ideológica, cultural, logra mantener junto a sí un grupo de fuerzas heterogéneas".

Si bien el marxismo contiene "elementos" relevantes para una crítica de las sociedades occidentales, como concepción del mundo con pretensión cognoscitiva omniabarcante y como ideología en el poder, es esencialmente totalitaria. El materialismo dialéctico se conforma como una inteligencia ciega que no reconoce sus límites y teme enfrentarse a las incertidumbres de lo real. Como ideología con raigambre decimonónica, es refractaria al teorema de incompletitud de Godel. El planteamiento epistémico delirante que señala que *la totalidad es cognoscible* coexiste con el desiderátum de un cierto tipo de poder que puede traducirse como *la totalidad es controlable*. El totalitarismo cognoscitivo deriva en totalitarismo político. Como sociología del orden (Balandier, 2003) el marxismo se inserta en el paradigma cartesiano y newtoniano de la simplificación y de la reducción. Evidentemente, no podemos confundir la legítima aspiración a la complejidad con la completitud. No obstante, en el supuesto acceso a la totalidad no todos los actores sociales tienen el mismo papel.

El partido es la parte que precede al todo. Los "simples", es decir, nosotros, nos mantenemos en una filosofía "primitiva" del "sentido común" y serán unos seres predestinados, es decir, los intelectuales orgánicos, quienes nos conducirán a una concepción "superior" y "crítica" de la vida. En términos muy actuales, dejaremos de estar "disociados".

Para Gramsci el partido es el príncipe moderno de Maquiavelo; un gran unificador y un gran reformador intelectual y moral. Está constituido por tres elementos indispensables: un núcleo dirigente de cohesión nacional, un estrato de "fieles" y un estra-

to intermedio, que enlaza el primer elemento con la base de adeptos emocionales. La vida del partido depende principalmente del primer componente, porque es el que realiza la síntesis crítica, el capitán del ejército. Además, conduce la integración y aplica las medidas disciplinarias de la organización. La lógica y el lenguaje son marcadamente militaristas y, por tanto, jerárquicos, verticales, y presagian la colusión que se establece en estos regímenes entre la *nomenklatura* y sus respectivas fuerzas armadas. En el caso nacional, la componenda incluye al lumpen proletariado y al hampa común.

Con los planteamientos gramscianos retorna la *concepción leninista del partido*, que se construye *de arriba hacia abajo* y no al contrario, como planteaban acertadamente los socialdemócratas. Según Luciano Gruppi, esta sentencia no suscribe necesariamente una concepción burocrática o disciplinaria del partido, sino que reivindica "la conciencia", el conocimiento crítico que está obviamente en "el cerebro del partido" y el congreso. ¡Que alegato! "El modo como Lenin subraya con fuerza que el partido es el momento de la conciencia, de la síntesis crítica, la fuerza organizadora capaz de cohesionar las masas, vuelve plenamente en Gramsci". En esta línea de ideas, se pretende justificar el principio del *centralismo democrático*, eufemismo que esconde una concentración inflexible del poder en un círculo interior, y las más de las veces, en un solo individuo.

No debemos olvidar que los partidos comunistas de las naciones donde se implantó el socialismo real, se arrogaban la dirección *científica* de la sociedad. Las atrocidades que cometieron en contra de millones de personas incluyeron desde la persecución de la disidencia y su estigmatización ("revisionistas", "gusanos", "escuálidos", "oligarcas", "enfermos"), su reclusión en psiquiátricos como los siberianos y su aniquilación física a través de

ejecuciones masivas. En el caso nacional, los escuálidos serían víctimas del *síndrome de la realidad invertida*; "estado psicocognitivo en el que las personas prescinden de la realidad acomodando los datos de lo que realmente ocurre a un estado psicótico que transcurre del modo más amigable" (Lanz, 2009). La "ciencia" y el poder político se juntan una vez más en sus afanes de dominio.

En la ideología comunista se oferta como meta futura la superación de la distinción entre dirigentes y dirigidos, en una "sociedad plenamente unificada", "no antagónica" y basada en el autogobierno, pero en un interin indefinido, debemos soportar una dictadura, que más que transicional resulta infinita.

La hegemonía se propone la conformación de un *bloque histórico*, es decir, la unidad de fuerzas sociales y políticas diferentes, mediante una determinada concepción del mundo que se ha trazado y difundido previamente. La lucha por la hegemonía involucra todos los niveles de la sociedad, pero las crisis revolucionarias son, sobre todo, superestructurales. La hegemonía se construye a través de sus cuadros intelectuales, tradicionales u orgánicos, que elaboran las ideologías. El intelectual es el intermediario del viejo o del nuevo consenso. Una condición *sine qua non* para el logro de la hegemonía es la construcción de un frente amplio y de un sistema de alianzas bajo la dirección del "proletariado" ("pueblo") y de su partido político: el PC o el PSUV.

Para Gramsci, uno de los pilares fundamentales de la hegemonía es la escuela. Entonces, no es casual que el régimen actual enfile sus cañones hacia el sector educativo. En cuanto a la hegemonía comunicacional, lo más importante no es el elemento cuantitativo actual, sino su inserción en un proyecto a largo plazo, vale decir, en un proceso. En el plano económico, encontramos las expropiaciones y confiscaciones, en aras de una propiedad falsamente social y

efectivamente estatal. La legislación oficialista permite legitimar todas las intervenciones autoritarias: Ley de Contenidos, Ley de Tierras y Desarrollo Agrario, LOPE, LOE, Ley de Tierras Urbanas, entre otras.

En suma, se trata de una lógica aterradora; la *hegemonía* se conquista en un *proceso*, y este último conduce a la *dictadura*. Nuestros derechos humanos están cada vez más cercenados. De manera inopinada, hemos comprendido estas categorías en la teoría y en la práctica, en un maridaje doloroso.

carlos.colina@ucv.ve

Referencias

ALTHUSSER, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Freud y Lacan. Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

BALANDIER, Georges. *El desorden: la teoría del caos y las ciencias sociales, elogio de la fecundidad del movimiento*. Barcelona, Gedisa, 2003.

BUONICORE, Augusto. "Gramsci, Lenin y la cuestión de la hegemonía" en la página Web /www.rebelion.org. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=27959> (2006).

GRUPPI, Luciano. *El concepto de hegemonía en Gramsci*. México, Ediciones de la Cultura Popular, 1978. En la página Web www.gramsci.org.ar, Capítulos. I y V, pp. 7-24 y 89-111 respectivamente. Disponible en: http://www.gramsci.org.ar/12/gruppi_heg_en_gramsci.htm

LANZ, Rigoberto. "Sociedades enfermas" en *Ojo Pelao*, un portal socialista hecho por socialistas. Disponible en: <http://www.ojopelao.com/rigoberto-lanz/1770-sociedades-enfermas.html>. Fuente original: **El Nacional**, "A tres Manos. Miradas múltiples para el diálogo", p. 13. 2009.

com/rigoberto-lanz/1770-sociedades-enfermas.html. Fuente original: **El Nacional**, "A tres Manos. Miradas múltiples para el diálogo", p. 13. 2009.

PRIGOGINE, Ilya; MORIN, Edgar et al. *Claves para el siglo XXI*, Madrid, Crítica, Ediciones Unesco, 2002.

¹ Dicho sea de paso, el régimen sostiene la tesis más elemental y causalista de los efectos de los medios; el planteamiento de la aguja hipodérmica, que implica la posibilidad de inocular los mensajes de manera análoga al líquido contenido en una jeringa. En este caso, la epidermis no parecería presentar ninguna resistencia. Esta concepción se emparenta con los procesos de adocctrinamientos pavlovianos y se encuentra aunada a una de las categorías más simplificadoras de la Teoría Crítica: la manipulación. Esta última presupone a su vez una noción unidimensional del poder que lo define en términos exclusivos de dominio como negativo, subjetivo, unidireccional y descendente. Cínicamente, mediante un uso y abuso de los *mass media*, se denuncia su poder y se pretende neutralizar su papel crítico, a la manera de la época de la Guerra Fría, en donde se negaban las barbaridades del bloque soviético, como simple distorsión de las agencias "imperialistas" de la AP y UPI. Tanto los medios de comunicación como las instituciones educativas son concebidas de manera instrumental como aparatos ideológicos de Estado (Althusser, 1988). Los individuos son descritos como simples marionetas cuyos hilos manejan titiriteros malévolos. Únicamente los eruditos y los políticos perspicaces de la vanguardia descubren la tramoya del teatrillo. El resto de nosotros somos tontos; simples *couch potatoes*.